

EVOCACION DE HONORIO DELGADO

Roberto Criado Alzamora¹

No ha sido tarea fácil escribir unas líneas de homenaje a Honorio Delgado en el centenario de su nacimiento. No lo era, porque debido a esta celebración se ha dicho y escrito mucho sobre su persona, su obra, su trascendencia en la cultura peruana del siglo XX, textos generalmente hermosos, lúcidos y cargados de simpatía hacia nuestro inolvidable personaje. Y era igualmente difícil, porque nunca antes me había decidido a plasmar en un texto la semblanza del doctor Delgado, profesor y amigo, a quien me unió un particular vínculo de afecto.

Es por esta razón que, más que un recorrido biográfico y bibliográfico, deseo llevar a cabo un perfil de Honorio desde la perspectiva de mis propias experiencias, a través de diálogos, encuentros, epistolario, lecturas y reflexiones, estas últimas cultivadas con frecuencia después de 1969, año en el que nos dejó Honorio Delgado.

Conocí al doctor Delgado en abril de 1958 gracias a una feliz intervención de Luis Jaime Cisneros. Estudiaba yo en aquel entonces el primer año de Medicina en la Facultad de San Fernando. Los años anteriores, sin embargo, había cursado simultáneamente los estudios de Pre-médicas en la Facultad de Ciencias de la Universidad Mayor de San Marcos y los estudios de Bachillerato en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica. El encuentro con las Humanidades había producido en mí un fuerte impacto que estuvo a punto de hacer peligrar la continuación de mi proyecto inicial de ser médico; hablé al respecto con Luis

1. Profesor Principal de Psicología. Director del Departamento Psicopedagógico de la Pontificia Universidad Católica.

Jaime, quien consideró que una entrevista con el doctor Delgado sería lo más conveniente. Es así que ese mismo día, a las 2 en punto de la tarde, me encontré sentado en el pequeño consultorio –tapizado de libros– que Honorio tenía en su departamento de la Avenida Uruguay. Fue una curiosa experiencia, ya que estaba sentado en un pequeño banco, casi adherido al suelo –contemplando con extrañeza sus escarpines– frente al alto sillón donde se encontraba Honorio y desde el cual me miraba con ojos vivos y escrutadores, cargado de solemnidad que, sin embargo, no impidió que se estableciera un diálogo fluido y en momentos ya amistoso. Fue una larga conversación que duró aproximadamente dos horas, al final de la cual me aconsejó enfáticamente y sin dilación que continuara los estudios de Medicina, sin perder de vista el cultivo de las Humanidades. Quedó igualmente establecido que le visitaría con alguna frecuencia para informarle de mis progresos. Así se inició mi hermosa relación con Honorio Delgado.

Una grata sorpresa, poco tiempo después, fue recibir como obsequio del doctor Delgado la colección completa –quizás con excepción de algunos de los primeros números– de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, fundada en 1938 a su iniciativa y la del doctor Oscar Trelles, y que en cierta forma reanudaba la tarea de la *Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas*, publicada desde 1918 hasta 1924 por Delgado en colaboración con Hermilio Valdizán. La *Revista de Neuro-Psiquiatría* sigue apareciendo regularmente hasta la actualidad, con la misma calidad que le impusieron sus fundadores y gracias a la tenacidad de Javier Mariátegui. El contacto con esta valiosa publicación, ya entonces de prestigio internacional, me permitió conocer algunos nombres que me eran desconocidos, de los cuales recuerdo el de Carlos Gutiérrez Noriega, excelente investigador prematuramente fallecido y el de Luis Aquiles Guerra, fino e intuitivo psiquiatra, con quien tuviera oportunidad de trabajar, años más tarde, en la Facultad de Psicología de la Universidad de San Marcos, desarrollándose una cálida amistad que se nutrió repetidas veces de remembranzas y reflexiones en torno a Honorio Delgado.

De mis primeras conversaciones con Delgado recuerdo su interés por iniciarme en la lectura de Pedro Laín Entralgo, médico y pensador español de gran excelencia y de quien leí por aquel entonces su extenso tratado sobre *La Historia Clínica*; años más tarde comentaríamos con Honorio las virtudes de *Teoría y Realidad del Otro* y *La Relación Médico-Paciente*. No imaginaba el doctor Delgado que más adelante Laín Entralgo sería Director de la Academia Española de la Lengua, de la que de su correspondiente peruana, él mismo era miembro destacado. En el campo psicológico, sus recomendaciones me permitieron conocer la obra de Gordon Allport, psicólogo norteamericano amigo de Delgado, autor de valiosos textos sobre la personalidad. De otro lado, no puedo dejar de mencionar la simpatía de Honorio por la obra de Romain Rolland, que permitió que

conversáramos más de una vez sobre la riqueza psicológica y los encantos de esa memorable obra que es Juan Cristóbal.

Tiempo después pude conocer la sólida y profunda formación filosófica del doctor Delgado, a través de lecturas dirigidas de los *Diálogos* de Platón, textos que me fue prestando sucesivamente y que formaban parte de su selecta y extensa biblioteca; estas lecturas dieron oportunidad a un acercamiento a la obra de Romano Guardini, teólogo alemán admirado por Delgado y de quien comentamos *La Muerte de Sócrates*.

No quisiera transmitir la impresión que este amistoso aconsejamiento tuviese un carácter impositivo, tomando en consideración únicamente los puntos de vista del doctor Delgado. En todo momento sentí que mantenía libre mi criterio de aceptar o rechazar sus sugerencias y, en diversas ocasiones, aceptó mis propuestas con gran amplitud. Pienso que esto marcaba un rasgo distintivo de la personalidad del Maestro, quien, como apunta Javier Mariátegui en la introducción a los escritos de Delgado sobre Freud y el psicoanálisis, “distante de todo dogmatismo envolvente, prefirió mantener su independencia de criterio”.

A través de las lecturas y diálogos fui descubriendo la cultura superior de Honorio Delgado y su constante cultivo de la vida intelectual, manifiesta en un ritmo intenso de lecturas, que abarcaba no sólo textos clásicos, sino también libros y artículos de reciente aparición, en diversos idiomas y muchas veces enviados por sus propios autores. Recuerdo su entusiasmo por *El Gatopardo*, novela de Tomaso di Lampedusa, que acababa de llegar a las librerías limeñas y que describe espléndidamente la decadencia de la aristocracia siciliana.

A propósito de esta mención sobre la cultura superior de Delgado, pienso que conviene citar cómo responde él mismo a la cuestión ‘Qué es la cultura superior’, tomando como referencia un artículo aparecido en la *Revista de la Universidad Católica del Perú* el año 1942: “Cultura superior es aquélla que realza la existencia por encima de lo perecedero, constituyendo un mundo coherente de ideas y aspiraciones sublimes, que fecunda y acrisola el ser individual de los hombres, a los cuales ordena según su calidad, y que asume la naturaleza con la plenitud de sus valores”.

Su quehacer intelectual se traducía también a través de una intensa producción, ya que constantemente estaba abocado a la elaboración de conferencias, artículos científicos y periodísticos, preparación de alguno de sus numerosos libros, y su constante y dedicada labor docente. A este respecto, debo mencionar que nunca llegué a ser alumno —en sentido literal— del doctor Delgado, ya que el curso de Psiquiatría, del cual era profesor titular, lo llevé en Alemania, donde me había trasladado a concluir mis estudios. Sin embargo, cursé en San Fernando

los cursos previos a la Clínica Psiquiátrica: Psicología Médica, Semiología Psiquiátrica, Psicopatología, todos ellos en alguna medida coordinados por el doctor Delgado. Estos cursos mostraban indudablemente la calidad académica que Honorio había impreso a los estudios psiquiátricos en la Facultad de Medicina; estaban a cargo de competentes profesores, la mayoría sus discípulos, que exponían con didáctica rigurosa; tuve la impresión que hasta las prácticas de dichos cursos eran supervisadas indirectamente por el doctor Delgado, siempre preocupado por la exacta y sistemática exploración semiológica y psicopatológica, lo cual suponía la elección correcta de los pacientes a ser entrevistados. Ciertamente, las mencionadas materias permitieron consolidar mi inquietud por los estudios psiquiátricos y borraron la desalentadora impresión dejada por el curso de Psicología Experimental de la Sección Pre-médicas que, lamentablemente, al turno de llevarlo, no fue ya dictado por el doctor Walter Blumenfeld, verdadero constructor de esa cátedra.

Entre 1960 y 1961 encontraba al doctor Delgado con relativa frecuencia en los ambientes del Instituto Riva Agüero, donde acudía para asistir a sesiones ya sea de la Academia de la Lengua, la Sociedad Peruana de Filosofía o el Instituto de Cultura Hispánica. En toda ocasión su presencia era distinguida; elegantemente vestido, llamaba la atención el alto nivel de concentración con que atendía las exposiciones, con mirada fija y el porte casi inmóvil, y luego la precisión y elegancia, no exenta de valiosa crítica, en sus intervenciones durante el debate posterior. En esos mismos ambientes debió conocer a Alfonso Cobián, inolvidable amigo, brillante alumno de la Universidad Católica en el campo de la Filosofía y el Derecho, ya iniciado también en la docencia. Alfonso tenía un especial interés por la obra de Karl Jaspers, sobre quien Delgado hacía referencia en su artículo *Tres concepciones acerca del hombre*, publicado poco antes en el *Mercurio Peruano*, y que fue materia de interesante intercambio de ideas.

Honorio Delgado se dedicó en profundidad a investigar la obra de Nicolai Hartmann, interés que era ampliamente compartido por Cobián, quien a su vez me transmitió la inquietud por dicho autor; las 'categorías' de Hartmann constituyen un hito importante en la reflexión de Delgado sobre su concepto del hombre, que marca la vigencia iluminadora del espíritu sobre la materia, lo biológico y lo psíquico.

Desgraciadamente, en noviembre de 1960, en Lovaina, donde deseaba continuar sus estudios filosóficos, falleció Alfonso Cobián a los 24 años de edad. Alfonso había fundado conjuntamente con un grupo de amigos, estudiantes de la Facultad de Letras, la revista *Areté*, de la cual sacó a luz sus dos primeros números; sus amigos, todos consternados por su muerte, quisimos rendirle un homenaje publicando en el tercer número gran parte de sus artículos y monografías,

que se sumó a la publicación de su tesis de Bachiller en Filosofía, *La Ontología de José Ortega y Gasset*, y que apareció pocos días antes de la partida de Alfonso a Lovaina. Cuando le entregué a Honorio estos dos textos, quedó profundamente impresionado por la extensión y calidad de la producción de tan joven filósofo.

El año 1961 el doctor Delgado fue invitado a participar en un Congreso de Medicina Hipocrática, que se llevó a cabo en Grecia, organizado por la Fundación Hipocrática Internacional de Cos. Honorio regresó deslumbrado de este viaje, no sólo por la materia tema del Congreso, que él dominaba profundamente, sino también por la circunstancia de que las sesiones se llevaron a cabo en un barco que recorría la costa e islas griegas que marcaron los hitos del peregrinaje hipocrático, lo que le permitió admirar la extraordinaria belleza del paisaje griego. Creo que la narración de esa hermosa aventura constituyó aliciente importante para consolidar mi curiosidad y admiración por el mundo helénico.

No todo fue bueno el año 1961. Con toda justicia el doctor Delgado había sido elegido Decano de la Facultad de Medicina de San Fernando. Sin embargo, un espinoso asunto –la forma de participación estudiantil en el gobierno de la Universidad– había creado fricciones y malestar en el claustro universitario. Honorio, fiel a sus principios, renunció a la Universidad y juntamente con él, 400 profesores de San Fernando. Fue una experiencia dolorosa y que produjo desasosiego en el Maestro, tan unido desde su época de estudiante al claustro sanmarquino. A consecuencia de las intensas emociones vividas durante esos días, el doctor Víctor Alzamora Castro, catedrático titular de Medicina Interna, excelente profesor, sufrió un infarto cardíaco y falleció. Encontré a Honorio en el velatorio y me impresionó su expresión de congoja por tan lamentable pérdida, pero al mismo tiempo de firmeza y convicción respecto a la causa por la que se inmoló el doctor Alzamora. Al año siguiente abrió sus puertas la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas, de la cual Honorio Delgado fue su primer Rector hasta el año 1966.

Yo no seguí ya de cerca este último acontecimiento pues, por consejo suyo y como consecuencia de mi atracción por la psiquiatría alemana, había decidido continuar mis estudios en la Universidad de Friburgo, elección en la que jugaron importante papel la opinión de Honorio y la de la doctora Gred Ibscher, mi exquisita profesora de alemán. Ambos coincidieron en la calidad de la Universidad de Friburgo, no sólo por la excelencia de sus estudios médicos sino también por la antigua prestancia filosófica que la caracteriza. Pienso que la elección no pudo ser mejor y en mayo de 1962 reinicié mis estudios de Medicina como becado del Servicio de Intercambio Académico Alemán (DAAD). Durante todos esos años de mi permanencia en Alemania mantuve correspondencia regular con el doctor Delgado y guardo celosamente la totalidad de sus cartas; en ellas hubo siempre aliento y consejo sereno; intercambiábamos impresiones sobre libros

recientes, sobre proyectos de mi tesis doctoral y, finalmente, sobre el tema que fue materia de la misma –la hipocondría–. Honorio tendría la gentileza de publicar un resumen de dicha tesis en la *Revista de Neuro-Psiquiatría*.

Gracias a las múltiples y valiosas amistades del doctor Delgado, sumamente apreciado en Europa, tuve oportunidad de conocer al profesor Juan José López Ibor en Madrid, al profesor Henry Ey en París, al profesor Viktor Frankl en Viena, a Ludwig Binswanger en Zürich. Todos ellos expresaron su admiración por la obra y la calidad personal de Honorio. Lamentablemente no llegué a encontrarle en Madrid, donde habíamos previsto reunirnos a propósito del IV Congreso Mundial de Psiquiatría, en septiembre de 1966, ya que circunstancias de último momento le impidieron viajar.

A mi retorno al Perú en 1967, encontré al doctor Delgado lleno de vitalidad y de proyectos; el reencuentro fue muy emotivo y aún recuerdo la calidez de su abrazo de bienvenida. Poco después propuso mi incorporación a la Sociedad Peruana de Psiquiatría, Neurología y Neurocirugía, y conversamos más de una vez sobre la traducción al alemán de su *Informe sobre la Psiquiatría en Sudamérica*, trabajo incluido en un texto de Psiquiatría Comparada, editado por Nikolas Petriliowitsch en Basilea.

Sin embargo, el tiempo llegaba a su fin. En julio de 1969 me enteré que Honorio había suspendido sus consultas y que se hallaba delicado de salud. Contestando siempre a todos los que indagaban por su salud, que se encontraba mejor, fue internado sus últimos días en un hospital del Seguro Social, ya que sus recursos no permitían hacerlo en una clínica privada; Honorio partió a la eternidad –fueron sus últimas palabras– el 27 de noviembre de 1969.

De los libros escritos por Honorio Delgado, guardo especial admiración por *La Formación Espiritual del Individuo*, posiblemente por todo lo que tiene que ver con la juventud y la tarea universitaria, quehacer al que he dedicado mucho de mi energía. Quisiera cerrar esta semblanza –temo que excesivamente personal– citando unas líneas extraídas de dicho libro: “.... la verdadera substancia de la cultura, sin la cual el señorío de la realidad apenas se elevaría por encima de la industria instintiva, es el servicio de ideales. Esto significa una amplia concepción del mundo y una tabla de valores que el hombre abraza con fe y cuyos bienes inmateriales persigue con amor. Condición de semejante entrega y de la cultura como un todo es el vigor de lo intemporal en el alma, en cuya virtud los acontecimientos no se desvanecen con el fluir del tiempo, sino que, en cuanto constituyen actos del ser espiritual frente a lo absoluto, salvan al hombre de la mengua anexa a lo transeúnte, a lo finito y relativo, elevándolo hacia Dios.”

Lima, Diciembre de 1992.